

# EL SOCIALISTA

## ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

### SUSCRIPCIÓN

Madrid, un mes, 1 peseta — Provincias, trimestre, 5.—Extranjero, 10.  
Número suelto. CINCO céntimos.

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO. 4.463 : : Fuentes, 4. : : APARTADO. 637 : :

### ANUNCIOS

Cuarto plana, 30 céntimos línea; tercera plana, noticias, 2 pesetas línea.  
Reclamos 1,50.—Segunda plana, precios convencionales.

## La movilización obrera en 1914

Este año, como los pasados, á contar de 1890, los que llama exigentes la burguesía, los trabajadores, van á reclamar á los Poderes públicos en todas las naciones que pasan por civilizadas una legislación favorable para su clase.

En España no sólo pedirán eso, sino que solicitarán además otras medidas beneficiosas para los desposeídos, entre ellas la conclusión de la guerra de Marruecos.

¿Qué efecto producen estas movilizaciones anuales en el ánimo de los explotadores y en el de sus representantes políticos? Salvo el de los primeros años, que fué de terror, puede decirse que aparentemente ninguno ó casi ninguno. Ni por lo que declara la Prensa burguesa, ni por las manifestaciones que sobre dicho acto hacen los gobernantes cabe creer que cause á éstos la menor preocupación.

¿Es así realmente? ¿No da frío ni calor á los Gobiernos y á la clase patronal la formación y el desfile de los proletarios militantes? Imposible que eso ocurra.

Podrán no exteriorizar los representantes de la clase privilegiada la impresión que les produzca ver desfilar un año y otro año, y cada vez más numerosos, á los proletarios conscientes; podrán hasta fingir indiferencia ante la manifestación de las muchedumbres proletarias, de esas muchedumbres que, acrecentadas y debidamente instruidas, conquistarán un día el Poder arrollando á todos los elementos que tratan de impedirlo; pero es increíble que su ánimo se mantenga imperturbable al contemplar unidos á tantos miles de trabajadores, al ver esas falanges más nutridas de año en año y al observar que gufan á todas ellas un mismo sentimiento y una misma aspiración.

Sí; aunque no lo confiesen, no tienen más remedio los hombres de la clase adinerada que sentirse sobrecogidos al notar la importancia, cada vez mayor, de la fuerza obrera, y que pensar en lo que ésta será capaz de hacer dentro de tres ó cuatro lustros.

La influencia que ejerce la movilización periódica del proletariado sobre los elementos burgueses no hay manera



La escena es en Varsovia; pero puede considerarse universal el asunto del cuadro. La violencia de los de arriba es de todos los tiempos y de todos los lugares.

Los cosacos, como la fuerza pública de todo el mundo, sostenidos á expensas de un pueblo, sienten una especial complacencia en atropellar á ese pueblo mismo, en humillarle bajo la barba-

rie de sus sables y sus látigos, en aplastarle bajo los cascos de sus caballos.

Los militarotes rusos, tan violentos y soberbios en su propio país, prevaleciendo de la fuerza contra ciudadanos indefensos, lucharon cobardemente contra los japoneses, que eran tan fuertes como ellos.

Poca es la gloria que á aquel ejército le correspondió en la guerra de la

Manchuria; pero aun menor es la que le proporciona el perseguir á los hombres que allí consideran incompatible el régimen imperialista con la civilización moderna.

A la razón, á la serenidad de los que aspiran á un régimen más amplio, algo democrático, se opone únicamente la barbarie armada: no hay otro argumento que la violencia.

Armas ó leyes de excepción: tan odiosas son unas como otras. Régimen que se apoya en la fuerza, en vez de la razón, tiene sus días contados; porque el predominio de una fuerza dura lo que tarda en organizarse otra fuerza mayor. Y esta mayor fuerza no deja de organizarse nunca y de desarrollarse rápidamente, favorecida por las injusticias de la fuerza preponderante.

de evitarla. Esta se hace á la vista de las gentes, y tanto la fuerza que representa como la actitud en que se coloca tienen necesariamente que preocupar á los que son custodios del régimen capitalista.

Por esta razón, nadie puede negar con fundamento utilidad á la manifestación del Primero de Mayo.

Ella sirve para obligar al Estado á modificar su conducta con los trabajadores; sirve también para quebrantar

la fuerza moral de la clase capitalista, y sirve más que nada para fortalecer el espíritu de unión, de solidaridad y de fraternidad en la familia obrera.

Comprendiéndolo así los trabajadores, procuran darla el mayor relieve y aportar á ella el más crecido número de asalariados.

La que este año se efectúe en España revestirá seguramente enormes proporciones. Siendo una de sus finalidades la terminación de la guerra de Marruecos, acudirá á ella formidable número de proletarios y buen golpe de gente de los demás elementos sociales.

De creer es que impresione fuertemente al Gobierno y que le obligue á pensar que, siendo tan poderosa la co-

rriente contra la guerra, es sumamente peligroso ir contra ella.

Legislación protectora del trabajo pedirán los obreros; pedirán igualmente otras soluciones económicas y políticas que le interesan grandemente; pero lo que pedirán con más interés y energía es que no siga siendo Marruecos un matadero de españoles y no se lleven allí los millones que tanto necesita la Península para obras, instrucción e higiene.

Si estos clamores no son atendidos; si esta demanda del proletariado y de gentes de posición social superior no es satisfecha, no deberán extrañarse quienes tal hagan de que se desencadenen vientos revolucionarios.

Pablo IGLESIAS

que la primera piedra la ponga la equidad, que sirva de argamasa sangre de nuestro pecho. Con la ley por plomada, por escudera el derecho es como se construye para la eternidad. El ritmo del trabajo hará la obra ligera: su arquitecto, el más sabio, se llama la Razón, y como sobre el techo de nueva construcción irá en ella el Arte su gloriosa bandera. Así el trabajo libre su dignidad recobra, la obra que unos empiezan que la concluyan otros. No importa que al hacerla murriésemos nosotros... Otras generaciones proseguirán la obra. Y cuando llegue el día que la labor concluya, gloria del Socialismo, nuestro ferviente anhelo, será la Tierra libre bajo el azul del cielo como Casa del Pueblo completamente suya. Y para siempre libre será entonces la Tierra, donde ya no irá nadie de la injusticia en pos, Tierra sin falsos dioses, sin pobres y sin guerra, Casa del Pueblo inmensa, templo único de Dios.

(Traducción de Andrés OVEJERO.)

Mientras haya hombres sin independencia económica, la libertad será una ficción.

## LA CASA DEL PUEBLO

(POESÍA DE FERNAND GREGH)

Cae la tarde. El crepúsculo se extiende por París. Mezclada con el "Angelus" de la iglesia cercana la salida en la fábrica anuncia la campana y va la masa oscura bajo de un cielo gris. Con renovadas fuerzas mañana ha de volver el obrero al trabajo. De su vida no es dueño. También la maquinaria duerme su inerte sueño como un monstruo en las sombras del inmenso taller. Es la hora del descanso, hora de encantos llenos; la hora de la familia, desde el alba aguardada; los niños se impacientan, y la mujer amada sobre una mesa coja ya dispuso la cena. Pero no se trabaja tan sólo por comer; no es el pan para el hombre el único sustento: hay que gozar un poco del divino momento en que cada uno es dueño de sí; pero ¿qué hacer? ¿Fumar? ¿Tras una nube que la ilusión evoca al capricho del humo ver cómo el alma vaga? La leña se consume, la lámpara se apaga... ó la casa es estrecha y el ambiente sofoca. ¿Salir? Cuando el gentío nuestro paso embaraza, cuando la burguesía su ociosidad pasea, el rumor amplio y sordo de creciente marea nos aturde á nosotros en la ruidosa plaza. ¿Leer? ¿Mas qué lectura? ¿La que nos hace al fin ver que sufre el traidor el castigo del crimen? No ocurre así en la vida. ¿Qué mentiras se imprimen! Aun cuando interesante, es falso el folletín. Nos hace falta un sitio cálido, iluminado, acogedor y amable desde la misma puerta, donde se hable y se ría... La taberna está abierta y en la taberna se halla el sitio acostumbrado. No seamos austeros por demás... ¡Oh, buen vino!, no habrá de denostarte mi palabra indiscreta... Prefiero repetir con el dulce poeta: «Vano honrado que fie el olvido divino... Viva el vino, si guarda la verdad de las viñas; viva el vino, fecundo, generoso y ardiente. Pero muera el alcohol, el opio de Occidente, brebaje en que fermentan las miserables riñas. Guerra al alcohol, culpable de nequicias y de enojos; traidor de malos hechos aunque de buena cara; aguardiente asesino, cuya apariencia clara enturbia los cerebros engañando los ojos.

¿No habrá entre los palacios de la inmensa ciudad, para los que padecen las miserias de abajo, un rincón donde puedan descansar del trabajo y gozar con los suyos la noble intimidad? ¡Oh, si Venid, amigos; tenéis de todos modos una casa que abierta está de par en par.

Es la Casa del Pueblo; cuando queráis entrar, podéis entrar. La Casa del Pueblo es la de todos. La hemos alzado todos con nuestras propias manos y ya en ella no existen ni señores ni señoras. Es la Casa del Pueblo, de los trabajadores y en la Casa del Pueblo todos somos hermanos. Encontraréis en ella de la paz al seguro, como un tibio regazo de vuestra misma casa; la iniquidad de fuera su dintel no traspasa, los ruidos de la calle no traspasan sus muros. Aquí jugaréis llenos de sagrada inocencia no los juegos crueles de la codicia vil, sino los que rebosan alegría infantil y la niñez prolongan por toda la existencia. Hallaréis por las noches, cuando el dolor nos lanza á las tristes congojas del frustrado deseo, evocaciones de arte... un humilde museo que ofrece á nuestros ojos la luz de la esperanza. Y encontraréis lecciones jamás abrumadoras, pues libremente, lejos de toda disciplina, os brindarán los libros su severa doctrina y os tomarán fecundas las estériles horas. Y en fin, entre nosotros habrá algún compañero cuya voz elocuente prolongue la velada haciéndonos soñar al fin de la jornada con todo lo que es justo, y bello, y verdadero.

¿Es todo? No, profética sea mi inspiración. Algo de apostolado tiene la poesía. Para Casa del Pueblo tendremos algún día una más generosa, más grande construcción. Hoy como un espejismo la veremos quizás. Nuestra Casa del Pueblo es tan sólo la imagen del soñado edificio donde los que trabajen poniendo sus cimientos no habitarán jamás. La Casa inacabada, la mansión ideal que el destructor embate de los tiempos desprecia, la que Platón vió un día bajo el azul de Grecia y sonó Víctor Hugo, el poeta inmortal. ¿Pero cómo sin hierro, ni piedra, ni argamasa, construirán esa Casa los buenos albañiles? —Con el alma. (Ya veo las sonrisas hostiles.) Mas el alma del pueblo levantará esa Casa. Para erigirla, todos, todos somos obreros. Trabajo hay para todos; venid trabajadores, todos juntos, poetas, artistas, pensadores... Levantemos la Casa del Pueblo, compañeros. Alcomos esa Casa, alcómosla. Es preciso pensar en ello siempre. El pensamiento crece, y ya veréis, pensando ideas sobre ideas, cómo alza nuestra Casa sobre un piso otro piso.



LA GUERRA

## Mi artículo de Primero de Mayo

Amigo García Cortés: Desfiriendo á la tición de usted, tenía ya compuesto en la beza mi artículo para EL SOCIALISTA, faltando solamente dictarlo. Le diré á usted su título: «Religión y Socialismo».—«De vera religione disquisitio.»

Pero en esto llegó la carta de Largo Caballero, y no alcanzándome el tiempo para testarla y trasladar mi artículo al papel, me tepongo el político práctico al sociólogo de gabinete, y ahí le mando el original adjunto. Usted le toca darle destino.

Suyo afectísimo amigo, doctor Jaime Ve...

Farmacia y cooperación obrera Sr. D. Francisco Largo Caballero.

Muy señor mío y amigo: Haciendo alto en mi opinión me pide usted la que pueda tener sobre el pleito pendiente entre muchos farmacéuticos, no sé si todos, y Cooperativa de trabajadores denominada Mutualidad.

En casos como éste se tiene por culpato que se excusa y por listo al que se aprovecha. Pero siempre he creído que á quienes la sociedad honra y paga por creernos consagrados la verdad, á indagarla, á profesarla, no me es lícito abstenernos de declararla cuando autorizadamente se nos pide. Afronto, pues, compromiso, y Cristo con todos.

Condición de imparcialidad. En la balanza de mis afectos se equilibran los que me ligan á las partes contendientes.

Los farmacéuticos y los estudiantes se acompañan y amigos míos. En no pocos casos merecen el saber, gloria y provecho de todo en los más, la labor útil, oscura y honrada de muchos me añade la remuneración miserable y las estrecheces, por ocultas no menos angustiosas que las propias de los trabajadores manuales. Hay un proletariado farmacéutico, como un proletariado médico y todo un proletariado intelectual cuya suerte vinculada al destino universal del trabajo humano.

Por el otro lado mi corazón está, ha muchos años, con los trabajadores. Me afanaba, sobre todo, el porvenir de sus pequeños hijos, más desnutridos que el lirio de los viles y menos protegidos que los pajarillos en libertad. Por más débiles, hacia ellos inclinaría mi simpatía. Pero la verdad está sobre ellos, sobre los otros y sobre mí.

Por fortuna, hay un criterio de certeza del cual deriva claramente la solución de verdad y de justicia, obligatoria para todas las inteligencias, aun con la protesta de los intereses particulares heridos.

Porque si nos elevamos hasta la percepción exacta del interés público, en la materia, habremos de tener por bien venido todo cuanto al interés público se armonice; y toda pretensión individual ó corporativa, viniendo de los farmacéuticos ó viniendo de los obreros, contraria al interés público, habrá de ser inexorablemente eliminada.

Por fortuna, también en el interés público confluyen armonizándose el interés de los que contienen. Porque el interés público general consiste: primero, en el progreso científico y en el perfeccionamiento de los servicios farmacéuticos, y segundo, en la extensión de los servicios perfeccionados al mayor número de personas.



La unión del pueblo obrero y la República Social es la mayor amenaza contra los parásitos de todos los países.

número. Este es el progreso de la farmacia, perfeccionarse y extenderse. Este es el interés social respecto a toda forma de producción.

Es evidente que el interés de los mutualistas coincide con el interés público, se identifica con él, es una parte de él. No buscan otra cosa sino que se alcance los servicios farmacéuticos perfeccionados, extendiéndolos. Cooperando muchos, pretenden procurar servicios farmacéuticos perfeccionados a los enfermos, relativamente pocos, y que individualmente no podrían procurárselos.

El derecho a defender la vida por el esfuerzo colectivo cuando el individuo no basta, es un derecho absoluto y ante él debe ceder toda restricción legal, histórica, contra las necesidades de los tiempos prolongada. Este derecho sólo tiene por límite el derecho ajeno, común o específico. Y el derecho específico de los farmacéuticos, absolutamente concordante con el interés público e instituido para defender este interés, tiene por fórmula: todo producto farmacéutico y todo medio curativo afín ha de llegar al enfermo o consumidor con la intervención y bajo la responsabilidad del farmacéutico. Todo texto legal que extienda o restrinja el derecho específico del farmacéutico va contra el interés general, contra el desenvolvimiento natural de las instituciones farmacéuticas, contra los farmacéuticos mismos. Deberá anularse y se anulará.

No quisiera yo ahora discurrir por el lector, ni pretendo demostrar que aproveche a cada farmacéutico en particular la institución y desenvolvimiento de las Mutualidades Obreras. Pero, quién dirá que vaya contra la clase farmacéutica, considerada en su conjunto el perfeccionamiento de los servicios de farmacia y su extensión a verdaderas multitudes que no es otro el propósito del movimiento cooperativista?

Es evidente lo contrario. La estimación y representación social de una profesión y su retribución en el orden económico crece paralelamente a la importancia específica de sus servicios y a la extensión de sus servicios. Más claro: la ganancia legítima material de una clase crece en la misma proporción que la calidad de sus servicios mejora y su cantidad aumenta, sin otro límite que el que introduce la competencia interior de los profesionales del mismo oficio.

No huyen los obreros mutualistas de los farmacéuticos. Ansan sus servicios y se asocian para hacerlos posibles, retribuyéndolos decorosamente, si no espléndidamente. Inmediatamente renunciarían a cotizar los obreros sanos para tener farmacias cuando enfermos, si los obreros enfermos tuvieran acceso más ventajoso a una asistencia farmacéutica tolerable.

Las siguientes, son verdades como puños: Los medios curativos no son artículos de primera necesidad, sino de necesidad apremiante. El hambre y la sed admiten espera. La falta de medicamento, en la oportunidad, puede costar la vida.

Hablar de la asistencia individual de los enfermos proletarios sería describir un infierno social.

Los obreros, carentes de recursos para ser asistidos uno a uno, pueden constituir comunidades con potencia económica sobrada para retribuir ampliamente a sus médicos y farmacéuticos y proporcionarles medios de ejercer en condiciones de la más alta dignidad profesional.

A un incremento progresivo del movimiento mutualista, bien dirigido, correspondería una demanda también creciente de trabajo médico y farmacéutico, y, por lo tanto, bastante a dar ocupación honrosa y bien retribuida a número también creciente de médicos y farmacéuticos inteligentes, estudiosos, dignos hombres de ciencia que ahora viven trabajosamente tras los céntimos del obrero y del más pobre todavía.

De estas verdades derivan, sin discusión, los resultados siguientes: Es inútil empeñarse en perpetuar la actual asistencia médica y farmacéutica de la clase proletaria.

Toda elevación contranatural de los precios, que disminuye automáticamente el consumo de productos farmacéuticos, es, sencillamente, homicida.

Hay que barrer las preocupaciones, todos los intereses, todos los obstáculos opuestos a que el proletariado médico y farmacéutico y el proletariado del trabajo manual confluyan, se sostengan mutuamente por un cambio de servicios y se rediman por la asociación.

Una carta debe tener sus límites. En la siguiente, que fecharé mañana, terminará lo que debo decir sobre este asunto, que no por ser concreto deja de contener doctrina. Suvo afectísimo y buen amigo,

Doctor JAIME VERA

Madrid 30 de abril de 1914. Unos comen sin trabajar y otros trabajan sin comer.—GORI.

El derecho a la vida

Por el solo hecho de nacer, adquiere cada hombre un derecho inviolable a los elementos naturales, donde aplicar ampliamente su esfuerzo y su inteligencia; nada ni nadie puede arrebatárselo el premio que la Naturaleza acuerda sólo al trabajo, sin declararse enemigo de la libertad, a la vez que un usurero y homicida. El fruto de mi trabajo me pertenece, aun contra todo el mundo; y cualquiera que lo viole para atentar contra él, es un usurpador y yo lo declaro mi enemigo. Si tengo derecho para ejercitar libremente mis facultades, es mía con justicia la parte con que la Naturaleza responde a mi esfuerzo, y puedo disponer de ella con entera independencia. El poder, pues, que pretenda limitar esta independencia es un conculcador de la libertad y busca el reinado de la esclavitud.

J. CASTRO

este caso el problema cambiaría. Acostumbrándose el rey a la idea de que pronto habría de dejar de serlo, y que entonces, como un simple ciudadano, quedaría sujeto a las críticas y responsabilidades que cualquier otro, no llegaría a envanecerse hasta el punto de creerse de naturaleza distinta a la de los demás mortales, de naturaleza divina o semidivina, por ejemplo, tal como la que han pretendido atribuirse todas las dinastías, especialmente las más antiguas, al fijar su origen, y tal como en cierta manera se quiere dar a entender que la tienen los actuales monarcas cuando se dice que el rey lo es porque lo es, por su propia virtud o «por la gracia de Dios», y no por concesión y en pura representación de los demás ciudadanos, que lo han conferido temporalmente poderes para que obre y gestione en nombre de ellos.

Si el cargo de rey fuera uno de tantos, como el de alcalde, gobernador o ministro, no habría, creo yo, inconveniente para admitir el régimen de la monarquía. Cargo temporal, electivo y accesible a todo el mundo, ¡bueno! Pero la perpetuidad y la herencia traen, de una parte, un endiosamiento, y de la otra, un servilismo que ningún hombre que se estime puede, me parece a mí, tolerar. ¿No dice nada de eso que el rey sea el único «señor», el verdadero señor, o sea el dueño de los demás súbditos o esclavos suyos, y eso de que sea el único hombre a cuyos reales pies nos echamos para que nos pisotee si quiere, como el cándido conquistador puede pisotear a los vencidos, y eso de que sea el único majestuos (S. M.), aun cuando se trate de un minúsculo, enclenque, precipitado o infantil? Y ¿no se explica de esta manera tanta bajuna adulación, no tan sólo de los cortesanos, sino de otras muchísimas gentes? ¿Qué embriaguez de dicha a de aquellas personas que consiguen que el rey «des otorgue el honor» de recibirles en audiencia, o de mirárselas, o de dejarse palpar un extremo de su manto! ¿Qué más? ¿Orgullosos y encopetados duques, condes y marqueses, poderosos y ricos a menudo, incluso más ricos que el rey, los cuales tratan a sus criados y colono con más empaque que un señor feudal, ¿no se dan con un canto en los pechos si logran que el rey les incluya entre su servidumbre, haciéndoles, por ejemplo, jefes encargados de sus cuadras, de sus perros o escopetas?

En presencia de todos estos hechos y de otros muchísimos que ni siquiera es posible mencionar, ¿habrá aún quien crea que lo de monarquía o no monarquía, tal y como la tenemos en España, es cosa accidental, en el sentido de poco más o menos? Porque lo indicado no son sino los síntomas en que se desborda y aparece ostensiblemente un estado fundamental, y podríamos decir constitucional, donde los aludidos síntomas hallan sus raíces.

Pedro DORADO.

Salamanca. El Socialismo no es meramente un partido político ni simplemente una escuela doctrinal, sino el Arte de la vida encerrado en el Amor, en el Progreso y en la Ciencia, que ha de redimir a los hombres de la esclavitud perpetuando el Bien sobre la Tierra con aquella expresión social.

T. ALVAREZ ANGULO

El obrero agrícola

Ocasión propicia para tratar de temas de carácter general, de interés para el proletariado español es ésta de la enorme publicidad que los periódicos obreros alcanzan en el número especial dedicado a la Fiesta del Trabajo. Voy, pues, a aprovecharla, ya que me veo honrado con la invitación a colaborar en EL SOCIALISTA en día tan memorable, para insistir en un asunto que considero de capital importancia.

Los obreros españoles, debido en gran parte a los prodigios de actividad y a los derroches de abnegación de sus directores, casi en su totalidad procedentes de sus mismas filas, van aprendiendo a escuchar, adquiriendo afición a la lectura, y al educarse se convence de la necesidad de una fuerte organización, que no excluye ni la iniciativa individual ni mucho menos la disciplina colectiva, capacitándose de este modo para desempeñar, acaso antes de lo que suele creerse, el importante papel que en el régimen político les corresponde de derecho, y más ahora que se advierte como signo del tiempo la fácil ruptura de moldes que, por lo antiguo y anacrónico, se deshacen, pese a remedios que no pegan, que no pueden pegar en material tan carcomido.

Claro es que en este potente movimiento de la masa operaria corresponde el primer puesto, por la iniciativa, por el entusiasmo, por la rapidez de la acción, al obrero de la ciudad, al obrero de los centros industriales. Ha podido la grande industria ejercer cierta influencia deletérea en lo moral y hasta en lo físico de los que laboran la materia; pero entre sus patentes ventajas no puede menos de contarse el refinamiento de la inteligencia, el aumento de sensibilidad y el vigor de la voluntad que la disminución de la materialidad de las tareas, consecuencia natural de la división del trabajo y de la introducción de los perfeccionamientos mecánicos, ha determinado; la extensión del horizonte intelectual que resulta de la frecuente comunicación de sentimientos, de ideas, de resoluciones, producida necesariamente por la cotidiana comunicación con miles de compañeros, dominados por las mismas preocupaciones e interesados en idénticos problemas de vida; las facilidades que en centros populosos se encuentran para educarse; la influencia que la imitación ejerce despertando necesidades y creando hábitos.

En todas partes se advierte el fenómeno apuntado, que acusa una diferencia marcada entre el obrero del campo y el obrero de la ciudad; y es que éste vive más la vida del hombre, siente mayor número de necesidades y las siente con más intensidad, y ello le impulsa a pensar constantemente en su situación y a tratar de mejorarla pronto; mientras que aquél, por regla general aislado, sin otra relación que con la Naturaleza y a causa de ello en perpetua materialización, acepta resignado, fatalista, el estado en que se encuentra, y sólo cuando el látigo del hambre y el azote de la miseria ponen en conmoción sus instintos, sale momentáneamente de su pasividad para quejarse, para lamentarse las más de las veces o para luchar apasionadamente, en contadas ocasiones fieramente, contra los causantes de sus desdichas. Así lucharon los paisanos alemanes y los aldeanos italianos y los campesinos españoles de Andalucía en circunstancias memorables.

Pero sea de esto lo que quiera, la realidad nos enseña que en España, tanto o más que en otros países es, por su número y por las desdichadas condiciones en que vive, la masa obrera del campo un factor importantísimo en el movimiento de la clase trabajadora, cuyo concurso para la común obra de liberación sería decisivo, como lo reconocen en primer término los obreros organizados, y por ello procuran buscar su adhesión y su concurso, aun cuando tropiecen, por el atraso en que vive aquélla, con dificultades para conseguirlo.

Importa, por consiguiente, acelerar la incorporación de los obreros agrícolas españoles a la salvadora agitación popular, genuinamente popular, que a virtud de la acción política ha de lograr en breve influir por modo decisivo en la gobernación del Estado, preparando así la total emancipación económica del proletariado.

Adolfo A. BUYLLA.

DE LA TRAGEDIA ESPAÑOLA

La emigración

En cuatro años—¡sólo en cuatro años!—emigraron de la Península por los puertos nacionales y notificando su partida a la autoridad 646.062 españoles.

La cifra es enorme. Es la de la población de una de las dos grandes urbes españolas, Madrid y Barcelona.

¡Cada cuatro años pierde España un Madrid ó un Barcelona!

El desfile silencioso y continuo de conciudadanos que abandonan esta tierra huyendo de la miseria nacional y de la bárbara tiranía caciquil no lo percibimos apenas. Sólo nos damos cuenta de la horrosa sangría que la emigración representa cuando totalizamos cantidades, cuando la estadística, con la lógica frialdad de sus números, pone ante nuestra vista la tragedia en toda su espantosa magnitud.

Si el vecindario barcelonés ó el vecindario madrileño abandonara en masa Barcelona ó Madrid un escalofrío de muerte conmoviera al país de punta a punta. Hace pocos años el anuncio de que un pueblecito de Salamanca proyectaba trasladarse en bloque a América bastó para que la Prensa pidiera medios de sustento para aquel pueblo. El Gobierno intervino y el pueblo no emigró.

¡Quizás a estas fechas esté arrepentido de no haber consumado su proyecto!

Pero, ya lo veis, cada cuatro años perdemos un Madrid ó un Barcelona y... ¡tan tranquilos! Tal cual periódico escribe de vez en vez un artículo; en ocasiones hierre el espacio el grito de rabia del emigrante que se marcha maldiciendo a la granjería gobernante ó el llanto de dolor de la mujer que, con los chicos a costas, abandona la tierra en que vino a la vida siguiendo a su hombre, que va a otro país a vender sus brazos... El artículo periodístico. El grito de maldición. Las lágrimas de amargura. ¡Esto es todo! Después... nada, nada. El exodo sigue silencioso y nuestro país avanza en su camino de perdición.

Los 646.000 que marcharon por los puertos españoles. Los otros 100.000 que en los mismos cuatro años se fueron por puertos extranjeros—por Gibraltar principalmente—son necesarios en España, que apenas cuenta con 38 habitantes por kilómetro cuadrado; que tiene sin cultivar más de dos terceras partes de su suelo y sin explotar multitud de riquezas naturales é infinitad de industrias. Son necesarios; pero... ¡se marchan! Mejor dicho, ¡les arrojan! Sí, les arrojan de España los gobernantes venales y necios que emplean en la guerra y en escuadras los millones que hacen falta para la instrucción y el fomento del trabajo, y los caciques criminales que maltratan al pueblo y lo esclavizan.

M. GARCIA CORTES

QUIEN SIEMBRA VIENTOS...

Cuantas veces se discute en el Municipio madrileño la cuestión de la enseñanza se me ocurren las mismas consideraciones íntimas que voy a hacer ahora públicas, aunque el tema no sea muy propio de un número de EL SOCIALISTA dedicado al Primero de Mayo. Las cosas atañentes a la enseñanza continuarán del mismo modo mucho tiempo todavía, hasta que se percaten algunos de los que intervienen en la cosa pública de lo contraproducente que puede ser en lo porvenir la persistencia en tal error, si es que quieren caer en la cuenta.

Hay un interés muy grande por parte de los inspiradores ocultos de las altas personalidades políticas en que el pueblo no se instruya y eduque, entre otros propósitos, para que no sepa hacer uso de sus derechos. Esto deberían haberlo visto todos los que se llaman demócratas.

Dos medios han empleado para conseguir esos criminales fines: privando a la enseñanza oficial de medios para extenderse y perfeccionarse y creando escuelas confesionales, donde no se ins-

truye a los niños y se permite, en cambio, que sus malas pasiones se desenvuelvan en el más completo libre albedrío, haciéndoles así grata la estancia en ellas y considerándolos de esta manera sometidos a una disciplina escolar ficticia.

De este modo se están produciendo generaciones, no ya sólo de analfabetos por no haber podido instruirse, sino de ineducados, brutos, pasionales y voluntariosos, como puede observar quien quiera ponerse en contacto por un momento con las capas más inferiores de nuestro pueblo.

Si tuviéramos la desgracia de que por una de esas convulsiones propias de naciones sin educación urbana y política se produjera un movimiento revolucionario, que seguramente no sería dirigido por republicanos ni socialistas, ó una guerra civil, la hecatombe habría de ser espantosa. Y conste que yo no digo esto para contrarrestar ese movimiento. Es una hipótesis.

Ocurriría exactamente lo que está pasando en Méjico, con las mismas consecuencias que allí, hasta con la intervención extranjera y todo. Nuestro estado es hoy idéntico al de los mejicanos antes de derrocar del gobierno a Porfirio Díaz, y si ocurriera lo que digo, lucharíamos como bestias, del mismo modo que nuestros hermanos de Nueva España.

No se embruteca impunemente a un pueblo. La justicia immanente se realizará al fin, haciendo quizá sus primeras víctimas entre los mismos que consienten ó inconscientemente han contribuido a desarrollar y mantener la barbarie que nos rodea, a pesar de los esfuerzos laudables que muchos hombres de buena voluntad, pero sin poder, han hecho para salir de este estado de cosas bochornoso.

Será muy triste; pero la Instrucción y la Educación se vengarán, vaya si se vengarán, del menosprecio en que las han tenido.

A. GARCIA QUEJIDO

Nuestra caja de ahorros

Las mujeres, que tienen espíritu práctico, según dicen los que no quieren concederles una espiritualidad más delicada que la del hombre, suelen censurar a sus maridos cuando se inscriben en las filas socialistas. ¿Qué da ese partido? Nada; sino quita libertad a sus miembros, hace difícil el hallar colocación, impone una disciplina y encima exige una cuota y hasta en ocasiones destina al que más trabajó dentro de él a pasar unos meses en la cárcel.

Explicadas bien por qué sucede esto; de-

mostradas que si alguna libertad se niega a los socialistas es la de ser inmorales; decidas que el Partido Socialista es una caja de ahorros de energías que mañana podrán utilizar sus hijos para vivir mejor: que el bien futuro sólo se conquista con el sacrificio presente, y que, en cambio, el bienestar presente puede imponernos una vida futura llena de indignidades.

Al Partido Socialista no puede venirle a pedir. Hay que dar siempre y todo: trabajo, sacrificios, dinero, energía, en fin. Pero no se da a nadie: se deposita, se acumula, se acrecienta en él para hacer a nuestros hijos riquísimos en virtudes y capaces de hacer que la vida sea como a ellos les convenga, en vez de sufrirla como nosotros la tenemos que sufrir.

J. A. MELIA

Obremos: LEED Y PROPAGAD "El Socialista,"

En el concepto senil de todas las cosas de la mentalidad capitalista la fuerza se necesita para hacer la guerra.

Piensen así: no siendo para conquistar, ¿de qué sirve la fuerza? No conciben que la fuerza se necesite para vivir. Es decir, creen que vivir uno es matar a otro. Trastruecan el sentido de todas las ideas grandes. Pero en el concepto juvenil, sano y limpio de toda la carroña de los viejos sistemas egoístas, la guerra es precisamente una manifestación de la debilidad y aun de la cobardía. Los que hacen la guerra y aman la guerra es porque no tienen valor ni energía para hacer la vida y para amarla, engrandeciéndola, santificándola, como únicamente se la engrandece y se la santifica: por el imperio de la paz.

Para hacer eso hay que ser muy bravos y muy fuertes. Hay que ser una fuerza tan formidable como el pensamiento gigante que mueve é ilumina a las masas de trabajadores organizados, que son las que proclaman hoy la paz y las que la han de imponer sobre la tierra. Porque son la fuerza. Si no fueran la fuerza: se consumirían en una guerra estéril, como todas las guerras. Si no fueran la fuerza no serían la paz.

E. TORRALVA BECI

Farmacia, Medicina y Socialismo

Hace años leía yo con gran emoción un folleto de Gorki dedicado a los jóvenes: al abogado que termina su carrera, al ingeniero, al médico, al joven obrero también. Lo que más me impresionó de aquel folleto fué lo que Gorki decía al médico que acaba sus estudios y empieza a ejercer la profesión.

Hace pocos días, la lectura de un artículo de «Die Neue Zeit» vigorizaba en mí aquellos recuerdos persistentes, y asociando las ideas adquiridas en la lectura con la percepción de nuestras luchas diarias, pensaba yo así: este problema que Gorki y el doctor Levene (de Nueva York) plantean es el mismo que ha planteado la clase farmacéutica española ante La Mutualidad Obrera, con la diferencia de que, en el primer caso, el problema es planteado por Gorki y el doctor Levene desde una gran altura mental, y en el segundo, la clase farmacéutica lo plantea sin elevarse un ápice de la superficie de la tierra, de una tierra árida é infecunda.

Porque a despecho de las insignificancias y nimiedades a que puedan acudir los defensores de los antiguos privilegios y de los monopolios injustos, hay, en medio de la contienda actual, una cuestión honda que no desaparecerá mientras no desaparezcan las circunstancias que la han engendrado, y que no puede menos de actuar sobre la conciencia de los hombres nuevos que llegan a la profesión de la Farmacia y de la Medicina, como actúa sobre el espíritu del joven trabajador cuyas facultades productoras son puestas al servicio de la gran industria, transformada por virtud de los adelantos de la ciencia contemporánea.

Los adelantos enormes de la ciencia de nuestros días son, en efecto, los que han hecho imposible la producción industrial en los límites estrechos de los talleres familiares y han engendrado las grandes fábricas con su compleja organización del trabajo colectivo sobre la base de la especialización. Y esos mismos adelantos son los que hacen cada vez más imposible que el farmacéutico prepare los medicamentos por sí solo en la cocina de su casa, y que el médico diagnostique la enfermedad y la cure sin el complejo instrumental de una clínica bien montada, sin el concurso organizado de un gran número de especialistas.

Los hechos nos lo dicen. La preparación, por ejemplo, de un nuevo medicamento para curar una enfermedad infecciosa requiere hoy día una serie de operaciones que no pueden ser realizadas por una sola persona, y exige también el empleo de una serie de medios y de aparatos que no pueden encontrarse nunca en un laboratorio particular. Es preciso que un químico, por lo menos, prepare la medicina; que un bacteriólogo determine el efecto que produce sobre los microorganismos patógenos; que un fisiólogo decida si esa sustancia es ó no perjudicial para la salud; que un biólogo ensaye su efecto en animales inoculados de la enfermedad; que un clínico dé cuenta del resultado obtenido mediante su aplicación a los enfermos.

Y cada año, cada día, se van complicando más, con los nuevos descubrimientos, las más sencillas operaciones de la técnica de la Medicina y la Farmacia. El reciente descubrimiento biológico, según el cual los microorganismos productores de

cada enfermedad infecciosa son de la misma familia en todos los enfermos, pero con variedades múltiples en cada uno de ellos, ha hecho pensar en la necesidad de preparar los sueros y las vacunas con microbios tomados del cuerpo del mismo paciente al cual han de ser aplicados, y ha introducido una dificultad nueva en la curación de las enfermedades bajo un régimen que tiene por bases la organización familiar y la propiedad privada.

No hace mucho tiempo aun, para diagnosticar se limitaba el médico a la observación de los síntomas de la enfermedad desarrollada ya, cuando había producido en los órganos lesiones tal vez irreparables. Hoy puede diagnosticarse la tuberculosis antes de que el paciente empiece a toser; puede determinarse la existencia de la debilidad cardíaca antes de que el corazón haya sufrido deformaciones; puede comprobarse la existencia de una enfermedad del hígado antes de que se haya declarado la ictericia...; y todo esto exige cada vez más conocimientos especiales para cada una de las operaciones, laboratorios y clínicas bien montados; en suma, una gran especialización y una compleja organización del trabajo incompatibles con un régimen de propiedad individual.

Y mientras subsista el actual régimen social y económico no cabe esperar que esta incompatibilidad cese, sino que aumente considerablemente con el aumento y la perfección de los conocimientos que condicionan la técnica de estas nobles y difíciles profesiones.

El hecho de que la técnica médica haya permanecido durante tanto tiempo reducida a los modestos límites de un empirismo más ó menos ritualista no es un hecho casual. La Medicina no ha podido tener la pretensión de constituirse sobre la base de un conocimiento científico experimental, ni de sistematizarse mediante un enlace racional y exacto de sus conclusiones, mientras este carácter, experimental y racional a la vez, no ha sido alcanzado por las ciencias que constituyen sus precedentes obligados.

El conocimiento científico del cuerpo humano, de sus tejidos y de sus humores, del funcionamiento normal y anormal de sus órganos y del modo de prevenir ó de separar sus perturbaciones funcionales, requiere una serie de conocimientos científicos previos acerca de todos los procesos físicos (calor, luz, electricidad, radioactividad), químicos, biológicos, que pueden ser producidos ó que pueden ejercer acción sobre el cuerpo del hombre. Si meditamos un momento acerca de los problemas históricos y sociales que han sido suscitados por descubrimientos relativamente simples al promover transformaciones de técnicas relativamente elementales, nos pondremos en camino de comprender los grandes problemas que suscitan los recientes descubrimientos de la Física, de la Química y de la Biología al promover transformaciones profundas en la técnica de la Medicina.

El nuevo descubrimiento de la máquina de vapor y su aplicación a la industria textil ha sido bastante para iniciar todo el movimiento obrero contemporáneo y para plantear en la vida de todo el mundo civilizado un problema arduo, en cuya solución tantas grandes inteligencias y tantas nobles energías están empeñadas.

En el pleito ese de la accidentalidad

Mostrándome parte, comparezco y digo: Que, efectivamente, las llamadas formas de Gobierno constituyen algo accidental para la vida humana. Lo mismo puede hacerse ésta en una monarquía que en una República, y no creo que a nadie se le queden los sesos hechos agua por la invención ni que merezca ello reclamar patente de originalidad.

Pero lo de ser accidentales y circunstanciales no es característico de aquéllas. Yo quiero que se me diga si todos los elementos de nuestro vivir, todas las cosas, instituciones y relaciones a nuestro servicio, ó por nosotros creadas, no se hallan en el mismo caso. Cierzo que ni el régimen republicano ni el monárquico tienen nada de defectivos ni de esencialmente necesarios; mas lo propio hay que decir de todo lo demás. Gobiernos, naciones, monedas, Bancos, ejércitos, ferrocarriles, liberalismo, constitucionalismo, democracia... todo es accidental y circunstancial y constituyente y caduco. Tanto han vivido—y podido vivir, por consiguiente—los hombres, y hoy mismo siguen viviendo en el salvajismo, como en el estado que se dice de civilización; tanto en situaciones sociales de desoísmo, autocratismo y esclavitud, como en las de libertad personal y política; tanto de nudos ó con simples taparrabos, como vestidos a la moda de París ó Londres. ¿Hay alguien que lo dude?

Pero tampoco se puede, creo yo, dudar de otra cosa. En la gran multiplicidad de combinaciones y posiciones accidentales todas a los distintos elementos reales del mismo modo contingentes pueden dar origen, hay unas que son más de nuestro gusto que otras, y que, por satisfacernos más, llamamos «superiores», «más en armonía con nuestra dignidad ó condición humana», más propias de pueblos civilizados... Y así preferimos, por ejemplo, la libertad a la servidumbre, la riqueza a la miseria, el liberalismo al absolutismo, el honor al deshonor, el telegrafo sin hilos al envío de «un propio» para poderse comunicar dos ausentes.

Solamente por este lado es por el que puede mirarse y resolverse, me parece a mí, la cuestión esa de la monarquía y la República. Y enfilándola por aquí, yo, como es digno de la segunda decena del siglo xx, digo que no puedo ser monárquico sin abdicar mi dignidad de ciudadano y aun de hombre, la cual, aun siendo puro accidente, es un accidente cuya conservación, hoy por hoy, me importa mucho.

Mi dignidad de ciudadano me exige pedir que la igualdad de todos ante la ley sea una verdad, y cuando del rey (y aun de su familia) se trata, no sólo no hay semejante igualdad de hecho—que ésta se quebra a menudo en todo conflicto cuyas partes encontradas sean poderosas y débiles, pobres y ricos—, sino que ni siquiera se halla establecida la igualdad de derecho, la que alguien llamaría igualdad «en principio ó en teoría». Si por el primer respecto, es decir, por el de la igualdad de hecho, son muchos los privilegiados que en España existen, por el segundo, el rey es una excepción única. El rey no está sometido a las leyes; está

sobre las leyes», como se dice que lo estaban los monarcas absolutos. Y si «ominosa é inadmisibles» para un ciudadano digno era, según los demócratas, la posición de estos últimos, no parece ser menos la de los actuales reyes, los cuales, aun apellidándose constitucionales, siguen en el mismo régimen «ex lege» y de superioridad en que se movían los del absolutismo.

«En España, hoy, el rey no es un ciudadano, sino un sobreciudadano», que, como tal, no tiene por qué hacer caso de las leyes. Recuerde quien quiera que esto lo dijo bien claro y terminantemente el monárquico ex ministro Sr. Cobán no hace muchos años, como abogado de la Casa real, en escrito presentado ante los Tribunales cuando el pleito promovido por los hijos de la cantante Elena Sanz. Y en efecto, así es. El rey, sobre ser sagrado é intangible (como una hostia, verbigracia), lo que con ningún ciudadano sucede, no puede contraer responsabilidades, y el no poder serle pedida ni exigida responsabilidad no puede querer decir sino que no se halla obligado a nada, y que, por tanto, no hay ley que le imponga deber alguno eficazmente coactivo. La responsabilidad legal—que es de lo que se trata ahora—representa la posibilidad de atar corto, en caso preciso, por intermedio de los Tribunales de justicia, al responsable; y si hay quien no tiene esta responsabilidad, ese tal no está dentro de las leyes, no está metido en el orden legal, sino que vive fuera de las leyes, las cuales si pueden servir de instrumento, incluso al rey, para perseguir a otros (verbigracia, mediante demandas judiciales), en cambio, contra el rey no pueden ser utilizadas (ley del embudo).

Yo quiero que se me diga qué leyes rezan en España con el rey, aparte del modo dicho. ¿Rezan las leyes tributarias? ¿Paga cédula, descuento por sueldos y utilidades y demás gabelas que otros pagamos? ¿Detienen ó han detenido sus carruajes y equipajes en las fronteras del Reino y en las puertas de Madrid para registrarlos y someter al aforo correspondiente las cosas por cuya introducción tienen que pagar los ciudadanos? ¿Está sujeto el rey a la ley Electoral, con la obligación coactiva del voto, como a mí me sucede? ¿Lo está de igual manera a la del Jurado? ¿A las procesas y enjuiciadoras? ¿A la de Reclutamiento militar? ¿A otras muchas como éstas? ¿Se roza algo con él el Código penal, como no sea por el anverso? es decir, estableciendo en favor suyo disposiciones privilegiadas para reprimir los atques que, bien a menudo imaginarios, contra su persona y las de sus inmediatos allegados (delitos de lesa majestad) con mayor dureza que los ataques a la persona de un ciudadano cualquiera?

Yo no tendría inconveniente en admitir que semejantes privilegios fueron considerados como prerrogativas inherentes al cargo y como condición para su buen desempeño, si bien es verdad que la mayoría de los mismos no pueden tener defensa por este lado. Pero los admitiría si el cargo ó función fuese temporal y amovible y los privilegios duraran lo que la función misma, por ejemplo, un año. Así pasa con muchas magistraturas hoy y ha pasado siempre. En

Sueños de la primera noche de mayo

(En el Ministerio de la Guerra prusiano)



El ministro de la Guerra, von Einem (llamado el sanguinario), soñó antes de media noche con el levantamiento del enemigo interior y su derrota con un ejército de jóvenes reclutas.



Después de media noche, cuando el ministro se hallaba en los horrores de la digestión, volvió a soñar; pero ahora el ejército encargado de batir al enemigo interior era una milicia nacional, que parece tener sobre dicho enemigo una opinión completamente distinta.

(Caricatura tomada de una revista alemana.)

Intelectuales y socialistas

Con harta frecuencia, en nuestra vida de relación se nos hace la siguiente pregunta: ¿En qué consiste que en España los intelectuales figuren en tan escasa proporción en el Partido Socialista?

Y he aquí nuestra respuesta. En primer lugar, convendría saber qué debe entenderse por verdadero intelectual, y una vez establecidas las cualidades que le caracterizan, quizá podría inducirse de manera aproximada el número de privilegiados sujetos que merecerían tan alta calificación.

Ahora bien; si por intelectual se entiende—y esto es lo corriente—todo aquel que ostenta un título académico (médicos, abogados, notarios, farmacéuticos, ingenieros, arquitectos, etc., etc.), habrá que convenir en que nuestro país figura a la cabeza de todos los demás en esta materia; con relación a la población total española, nuestras Universidades, Escuelas especiales y otros Centros docentes arrojan cada año tan nutritivas legiones de hombres a quienes debe disputarse doctos, que esa proporción sólo puede compararse a la que existe entre el número de generales, jefes y oficiales y el de soldados del ejército.

Ateniéndonos, pues, a la «cantidad», parecería natural que nuestro país marchase a la vanguardia de los pueblos de Europa en cuanto significa progreso, cultura, riqueza.

Es así que, por el contrario, España es pobre, inculca y atrasada, luego es evidente que la «cualidad» está en razón inversa del enorme número de licenciados y doctores con que cuenta, y que no ya son incapaces de empujarla por las vías de la prosperidad y de la civilización, sino que individualmente carecen, con todos sus pomposos títulos, de las armas más elementales para la lucha por la existencia.

A juicio nuestro, y pese a infatuadas y ridículas vanidades, a esta pobre gente no puede aplicarse el título de intelectuales; conténtense con que no se la incluya en el montón de los analfabetos y no pretenda usurpar honores para los que se requiere algo más que los mediocres conocimientos que, por regla general, se exigen para expedir un título académico.

Expuesto lo que antecede, que es de una evidencia tan exacta como triste, ¿tendremos necesidad de puntualizar ahora todas aquellas cualidades que acusan al verdadero intelectual? De ningún modo; eliminados ya los que erróneamente se califican así por la opinión vulgar, más o menos docta, no hay sino pasar revista a cuantos figuran en las innumerables filas de las ciencias, la literatura, la política, la magistratura, el profesorado... para convencerse de cuán exiguo es el número de los que se destacan por sus méritos positivos y no de relumbrón, por labor concienzuda y tenaz en la especialidad a que se consagran, por obras de valor excepcional, por rectitud y entereza de carácter, por intachable moralidad, por todos aquellos rasgos, en fin, que diferencian al hombre estudioso, inteligente y recto, del histrión que todo lo fía a la intriga, a la zancadilla y a la desaprensión.

Y en un país de estas condiciones, ¿qué ha de sorprender que el Partido Socialista cuente con tan corto número de intelectuales? ¿Acaso es muy crecido el de los que figuran en los partidos burgueses? Si descontamos los que en ellos bullen en persecución de credenciales y lueros, sin más títulos que su osadía y la falta de escrúpulos, ¿negará nadie que sobran dedos de una mano para enumerar los hombres verdaderamente notables que contienen?

Pero, aparte esta penuria de carácter nacional, conviene no olvidar que hay otra muy esencial que explica que no abundan en

nuestro partido los llamados intelectuales, y es que la exquisita naturaleza moral del mismo elimina automáticamente de sus filas a los «arriistas», a los osados, a los vanidosos, a los sinvergüenzas, a todos los que tienen fácil acceso a cualquier otro partido, donde basta para la filiación un buen bagaje de ambiciones y apetitos y una promesa de sumisión servil al jefe... en tanto éste satisfaga tan elevadas aspiraciones.

Con lo cual queda dicho que, si no en gran número, como por fortuna ocurre en otros países, el Partido Socialista español se honra con contar en su seno verdaderos intelectuales, sabios, modestos, morales, áridos de aleccionar a sus camaradas los obreros manuales y despojados de esa «poses» insoportable que hace muchas veces odiar la sabiduría de los que la ostentan en todo momento humillando a los desdichados ignorantes.

Para estos intelectuales los obreros siempre tenemos abiertos los brazos, y nuestros corazones propicios al afecto; para los otros, para los de similar, sólo nos queda un compasivo desprecio.

Compasivos, sí, porque esas taifas de licenciados y doctores fracasados, de literatos y poetas huecos, vense obligados a llevar una vida de villipendio, y cuando ya no lo gran alcanzar una plaza de cobrador del tranvía u otra bicoa análoga, se lanzan por las vías del periodismo, y hoy escriben en republicano y mañana en monárquico si les dan dos pesetas más, o enjartando amenas revistas de toros para distracción de imbéciles, o editan hojas sicalpípticas para regocijo de la clientela de los lupanares, o inventan calumnias viles contra honrados trabajadores que ejercen cargos representativos por la confianza de sus compañeros, o llevan al teatro un género de literatura que cae de lleno en las ordenanzas de policía urbana, o se cuecen en cualquier centro burocrático para cobrar y no ir a la oficina, o cuando más pretenden elvarse en el concepto público, se agrupan en una andrógina organización política que dice aspirar a la anulación de los viejos partidos, y provocando la rechiffa de las gentes de sentido común, proclama con gallardía verdaderamente cómica que para regenerar al país lo mismo le da la república que la monarquía.

Todo ello, por supuesto, apurando la gama de la corrupción; pero entre éstos intelectuales los hay borrachos, invertidos, petardistas...

M. GOMEZ LATORRE

La grandeza del Socialismo

El Socialismo es grande porque plantea y resuelve la magna cuestión económica, cuestión de todos los tiempos y sobre todo de los presentes; pero es más grande aun por la espléndida herencia que ha de legar a las generaciones de lo porvenir.

Afanados la inmensa mayoría de los hombres en la lucha económica, siempre brutal y casi siempre envilecedora, no tienen tiempo de distraer su atención y de fijarla en otros menesteres que no sean aquellos que se refieren a la difícil conquista del sustento diario. Y los asuntos más interesantes que conciernen a los múltiples aspectos de la espiritualidad apenas pueden ser en nuestros días mas que apuntados ó esbozados.

Los problemas que sugiere la condición de la mujer y la relación entre los sexos; las cuestiones de higiene; los asuntos pedagógicos; lo más alto y lo más noble que nos ofrecen la ciencia y el arte, no encuentran

acomodado ambiente en una sociedad en que el antagonismo es ley, atormentada de continuo por las zozobras económicas. Hará falta que la agitada y turbulenta corriente de la evolución humana haga el remanso que el Socialismo significa para que la Humanidad, recobrándose a sí misma, pueda abordar de frente, con serenidad y con dominio, las derivaciones diversas de la conciencia social.

Entonces habrá sonado la hora de acometer labores que lleven a la esfera de las soluciones políticas nuevos aspectos de la vida de las colectividades. Pero hoy, no. Nos cercan y nos acosan por todas partes el hambre y la miseria de los más, con todo su cortejo de degradaciones y envilecimientos, y no es lícito, sería insensato, no colocar en primer término aquello que la necesidad nos exige perentoria y apremiante.

Los que pensáis que el Socialismo no se ocupa mas que de las cosas bajas y groseras, habéis de tener presente que no hay medio seguro de escapar de la prosa de la vida sino acallando primero lo que ella imperiosamente nos demanda, y que si hoy, en nuestro huerto nos vemos precisados a dar la preferencia al cultivo de las berzas, es para poder gozar mejor después de la encantadora inutilidad de claveles y rosales.

Córdoba.

Juan MORAN.

El conjunto de ideas que representa el Socialismo moderno es sólo el reflejo en la inteligencia, por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados, y por otro, de la anarquía que reina en la producción.

ENGELS

NUESTROS DOS PRIMERO DE MAYO

1 de mayo de 1899.

El Congreso internacional Socialista, reunido en París, instituye la humana ley de fijación de la jornada máxima. (La primera jornada de redención universal del cuarto Estado.)

Si en este certamen de congratulaciones y estímulos; si en este concierto de himnos y arengas dedicados a conmemorar y glorificar la santa jornada no desentona una enudeca, acudire solicitó.

Si en este ramillete que a la Fiesta del Trabajo, de la Paz y de la Redención ofrenda hoy EL SOCIALISTA; si entre las rosas fragantes puede mezclarse un pensamiento, con toda mi alma lo ofrezco en este imborrable recuerdo:

1 de mayo de 1899.

Los yanquis, los que llamábamos «tocineros», destruyen en aguas de Cavite nuestra escuadra—trece barcos de todas las edades—y diezman sus tripulaciones, nos matan mucho «gente». El número oficialmente no se dijo.

¡Primero de Mayo! Fecha también infausta para los españoles; para esta Nación sin ventura, a la que no podía faltar en el 1 de mayo un aniversario luctuoso. ¡Tantas son las efemérides de desolación y ruina desde la decadencia, que no hay día sin luto en nuestro calendario!

Dediquemos, pues, en éste de hoy—aunque no lo hagan los del régimen culpable—un merecido recuerdo a aquellos mártires sacrificados a las codicias de los Mac-Kinley y los Morgan y a las conveniencias antipatrióticas de sostener lo adjetivo.

Memoremos a D. Luis Cadarso, el animoso comandante también sacrificado, y que su nombre simbolice el de todos los compatriotas que fueron víctimas de aquellos crímenes de lesa patria y de lesa-humanidad.

Sea para aquellos infelices, nuestra mejor plegaria, vengarlos.

Sea nuestro mejor lema: paz, desarme y arbitraje.

Y sean, entretanto, cada día más energías nuestras protestas contra la guerra, contra brutales y estériles sacrificios como los de Cavite y Marruecos.

Opongámonos por todos los medios al imperialismo que derrocha, privilegia, encarece y ahuyenta por el hambre ó esclaviza.

Eduardo SAAVEDRA

A la Unión General

¿Por qué será?

Hace algún tiempo que en periódicos socialistas se viene hablando de dar nuevas orientaciones a nuestra organización de resistencia, afirmando que la que hoy tenemos es arcaica é ineficaz para responder a las necesidades de estos tiempos.

La Unión General de Trabajadores es, para los compañeros a que me refiero, un organismo estacionario, fossilizado en primitivos moldes, haciendo responsables de su estancamiento a los miembros de su Comité nacional, que, ó no quieren, ó no saben modificar y rejuvenecer las armas de combate.

Siendo yo muy amante de la crítica y de la fiscalización cuando se fundamenta y razona, encuentro bien que se discutan métodos y procedimientos. Es más, estimo que es deber de todo buen socialista señalar, para que puedan ser corregidos, cuantos defectos encuentre en nuestros organismos obreros, sin que nadie pueda ni deba molestarse porque se descubra su incapacidad y hasta que se le destituya de los cargos que pueda ocupar, si con ello se beneficia a la organización.

Atento y llamado he estado a cuanto se ha hablado y escrito sobre la Unión General, por lo que he podido apreciar que las tales críticas no han sido encaminadas solamente a tratar de reformar lo reformable, para dar vigor y fuerza al organismo obrero más serio y de más crédito que hay en España, sino que también a darle arañazos, vistiéndolos con ropajes extranjeros y «sindicalistas» que dicen ser modernos. Además he podido observar que los prime-

ros que en dicho sentido han hablado y escrito, no han militado nunca en ninguna organización de resistencia, ni conocen del movimiento obrero, de sus necesidades, luchas y dificultades mas que lo puramente accidental y externo.

Si así no fuese, verían que para reformar la Unión General en el sentido que ellos quieren es necesario reformar antes las organizaciones que la forman, que son las que la dan vida y espíritu.

Los diez ó doce compañeros—no son muchos más—vislumbrados por la retórica de los que critican mucho, pero que en su vida han construido nada, se han lanzado también a meterse ese «tenueso sindicalismo», que de puro añoje le tenemos muchos olvidado y que ya está pasado de moda en las naciones de las cuales creen haberle transportado.

Dichos individuos, atrevidos en demasía, llegan a decir con el mayor desenfado que la Unión General ha fracasado, que hay silencios sospechosos y conductas inexplicables, cuando lo inexplicable y sospechoso sería lo que ellos hacen, hablan y escriben, si no estuvieramos en el secreto.

El compañero García Quejido, sin estar tocado de ese «sindicalismo salvador», ha reformado, primero, la Asociación del Arte de Imprimir, y hoy está reformando, con la ayuda de otros compañeros la Federación Tipográfica, en la medida que lo permite el oficio y las condiciones industriales del país.

¿Por qué no hacen lo mismo los flamantes «sindicalistas» en sus respectivas Sociedades?

Senillamente, porque cuando falta capacidad y persistencia para arreglar la casa propia hay que meterse con la del vecino, encontrando de mucho más efecto el papel de crítico que el de trabajar silenciosamente por la organización.

Y allá va un dato. Ni uno solo de los que han dicho que la Unión General está mal organizada y mal dirigida ha enviado un solo tema ni una sola proposición para que figure en el orden del día del próximo Congreso del mes de junio.

¿Por qué será?

Vicente BARRIO

Puesto que con nuestros actuales elementos mecánicos y mentales—acumulación de reglas de «común esfuerzo», y por lo tanto, «propiedad común» de todos los hombres—la Humanidad puede producir ahora exactamente «doce veces» lo que puede consumir, yo creo firmemente que la miserable anomalía de seres humanos faltos de alimentos, de ropas y de techo desaparecerá prontamente en el siglo vigésimo, y dejará de contemplarse el espectáculo de que miles—¡no cientos, sino miles!—de hombres y de mujeres mueran de hambre, de frío y de enfermedades porque éstas no han sido atendidas; y que tal cosa sucede después que esos desdichados han pasado veinte, treinta, cincuenta años de su vida en hacer todo aquello de que gozamos.

E. ZOLA

El Socialismo como acción

Decía Sócrates en el Tehetes que, así como su madre no daba a luz, sino que parteara a las otras mujeres, él tampoco daba a luz ciencia, sino que parteara a los espíritus preñados de ella. De igual modo el ideal socialista, como tal ideal, tampoco lleva en su seno el germen de una sociedad nueva, sino que en presencia del presente régimen, embarazado del futuro, no sólo auxilia el parto sino que lo aligera, lo precipita y procura evitar los dolores en lo posible. Tal fué la concepción del maestro, y tal es también el proceder del Partido Socialista internacional.

Y de igual manera que Sócrates operaba en los espíritus, haciéndoles arrojar, con los forceps de su mayéutica el concepto hecho carne, así también la democracia socialista, valiéndose del método de la abnegación, examina la realidad, conoce la madurez y el grado de desarrollo de la sociedad y, en su consecuencia, emplea los medios más apropiados para realizar su ideal definitivo.

Estas consideraciones, de ningún valor científico seguramente, tienen por finalidad destruir un error. A Marx, desgraciadamente, son pocos los que le han entendido; unos, por incapacidad para penetrar en la profundidad de su análisis prodigioso, y otros, por eso y por mala fe, que de todo hay... principalmente si de catótricos de Universidades se trata. Y vamos al caso. Piénsese por más de uno, interpretando lastimosamente palabras de Marx, que su hermosa «indiscutible» doctrina tiene el defecto, entre mil y mil que le señalan, de esperarlo todo de una crisis, de una catástrofe social. En este error cayó Bernstein (hoy reintegrado, por fortuna, a la buena causa), y en este error cayeron sus copistas, pues, la verdad sea dicha, copistas malos y malintencionados fueron muchos (Melquíades Heterodoxo entre otros) del ex heterodoxo alemán al hablar de la crisis del marxismo.

¿Cómo atribuir, el que hay examinado la obra de Marx y su vida, que es la confirmación de su obra, que él esperaba de una catástrofe social, de una crisis económica, el derrumbamiento de la sociedad capitalista? Puede, por el contrario, asegurarse que, lejos de eso, Marx esperaba la transformación social de la madurez del proletariado, de su acción unificada, y tan lo creyó así, que en el manifiesto comunista se dice a los trabajadores que no tienen que perder mas que sus cadenas, y que ganar en cambio todo un mundo; que en el manifiesto de La Internacional se les dice a los proletarios que su emancipación debe ser obra de ellos mismos.

Lo que ocurre es que Marx no era sólo una fantasía y un corazón, sino, además, un cerebro, y ese cerebro vió que el desarrollo de los medios de producción creados por la burguesía depauperaban a los más en beneficio de los menos; que la división de las clases se acentuaba a medida que avanzaba el progreso económico; que la anarquía de la producción

Y ante la magnitud de estas conmociones sociales, de las cuales somos todos necesariamente testigos, protagonistas ó aun víctimas, ¿qué significado puede tener la pretensión de un grupo de profesionales que, volviendo la espalda a las exigencias todas de los progresos científicos, se empeñan en encastillarse en viejos é insostenibles privilegios de clase, atentando únicamente a su ventaja personal é indiferentes a las necesidades imperiosas de salvación de los grandes intereses colectivos?

Porque lo que hoy pide la clase obrera a los farmacéuticos no es que perezcan profesionalmente, sino que se transformen para nacer a una vida mejor; lo que quiere la gran masa de la juventud trabajadora es que se le den los medios necesarios para emplear sus aptitudes de un modo útil y racional, y lo que exigen los pacientes pobres, agrupados en La Mutualidad Obrera, es que no se les condene a perecer faltos de asistencia médica y farmacéutica, precisamente en los momentos en los cuales la Medicina y la Farmacia han llegado a poseer los más valiosos recursos.

Si el gran mal que detiene el desarrollo de la industria moderna es el régimen de competencia, engendrado por la propiedad privada, es también el régimen de la competencia el gran mal que paraliza los adelantos de las ciencias médicas y que priva a la sociedad del goce de los beneficios que estos adelantos suponen.

Imposibilitado de atender con sus recursos individuales a la curación de sus males, el enfermo pobre busca el recurso de la asociación y la «Sociedad de médico, botica y entierro» se convierte, como el «trust» industrial, en un sistema de explotación inhumana.

¿Qué ha de hacer entonces el trabajador sino formar Asociaciones propias, regidas por él mismo, que le pongan al abrigo de los peligros que por todas partes le acechan?

La Mutualidad Obrera no pretende dar la solución última de un problema tan arduo. Esta solución entra en los límites más amplios de la economía y de la política. Pero La Mutualidad es un arma de defensa legítima y necesaria, manejada por manos de obreros, es decir, suficientemente hábiles y fuertes para no dejársela arrebatar.

Y en cuanto a los falsos consejeros que tratan de emplear la juventud del laboratorio en la defensa de sus egoísmos, más valiera que pensarán en las responsabilidades que contraen ante esa misma juventud.

No es lícito ocultar a los adolescentes que se preparan para la vida ni la magnitud de los problemas que tienen que solucionar, ni la de los sacrificios que tienen que hacer, ni la de los ideales que pueden conquistar. Otra cosa equivale a abusar del propio prestigio para arrastrar a las generaciones nuevas, confiadas en sus falsos guías, hacia un camino oscuro, al término del cual no puede esperarse otra cosa que un enorme precipicio por el cual pueden despeñarse un día sus propios intereses, materiales y morales.

Julián BESTEIRO.

El Primero de Mayo

La clase obrera, la potencia creadora de toda la riqueza social, se manifiesta en este día memorable en todo el mundo para recabar de los Poderes públicos la legislación protectora del trabajo.

Estas leyes arrancadas a los Poderes públicos mejorarán sus actuales condiciones económicas aumentando la cuantía de los salarios y sus condiciones físicas, reduciendo la jornada de trabajo y mejorando la higiene de los lugares en que ésta se realiza.

La disminución de las fatigas del trabajo y el aumento de los medios de vida acrecentarán la fuerza de sus músculos y darán mayor vigor a sus energías cerebrales.

El tiempo arrancado a la labor diaria, destinada a la producción material, podrá dedicarlo a la instrucción, capacitándose de este modo para realizar las grandes empresas a que está llamada en cumplimiento de su misión histórica.

Este programa de mejoras, y sus consecuencias naturales, no es una visión del lejano y dudoso porvenir, es ya, en cierto grado, una realidad.

La Internacional Obrera, ejército del trabajo compuesto de los Partidos Socialistas, cuya influencia es ya visible en los Parlamentos y en los Municipios de las naciones que marchan a la cabeza del progreso, y de las fuerzas sindicales, que cuentan con tantos millones de afiliados, unidos en un ideal común, realizan en parte y darán cima en un plazo más breve que el que muchos suponen a la obra emancipadora reservada a la clase obrera.

La persistencia, la constancia, el tesón, son las virtudes necesarias para conseguir la realización de las grandes obras y estas son cualidades que adoran a la Internacional Obrera.

La acción política y la acción societaria, laborando de común acuerdo, liberarán a los trabajadores, hombres y mujeres, niños y niñas, de gran parte de las malas condiciones actuales del trabajo, mientras preparan las huestes que han de librar a la Humanidad de la tiranía capitalista.

La movilización obrera del Primero de Mayo es el recuento de las fuerzas que han de realizar esta obra libertadora.

F. MORA

Y por sentimentalidad, también

La más importante de todas las cuestiones en la actual política de nuestro país es la guerra de Marruecos.

Por ser así, EL SOCIALISTA ha venido ocupándose de la guerra y combatiéndola en todos sus aspectos. Y tan frecuente ha sido el combate, que pocos días, si alguno hubo, dejó de publicarse en estas columnas escritos de oposición a una acción guerrera, llevada a cabo contra las generales conveniencias del país, contra su voluntad, y bien sabe el país a estas fechas para satisfacción de qué voluntades.

Fué principal objeto de la oposición guerrera la inconveniencia, en su aspecto económico. Oposición adecuada era ésta al órgano de un partido que, aun impulsado por un gran sentimiento de justicia, razona fríamente las situaciones en que se le coloca. Pero el aspecto económico de oposición a la guerra no ha excluido al sentimental ó «sensibilero», que dicen esas gentes frías de corazón que se expresan a nombre de su conveniencia personal, bien disfrazada de conveniencias patrióticas.

Y es que nosotros inclinamos en el capítulo de oposición a la guerra su aspecto humanamente sentimental, y si los asimismos llamados valientes lo quieren, humanamente «sensibilero».

Entre otras «sensibilieras» no excluimos nosotros, dicho sea como ejemplo, a la madre de familia, a la que engendró con ilusión, parió con dolor y crió y educó con sacrificios, sólo compensados por la alegría de ver hecho hombre al hijo de sus ilusiones... Pensamos en ella cuando vemos que ya hecho hombre el hijo de sus alegrías y dolores le es arrancado para conducirlo a una guerra sin explicación posible y en la que la muerte del hijo es una triste probabilidad.

Y cuando pensamos en esta madre y la vemos deseosa de arrancar a la muerte, con sus lágrimas de gran dolor, al hijo que quiso hacer hombre de provecho para una vida de paz y fraternidad humanas, estamos muy lejos de ser valientes al uso de los patriotas que a estas madres llamaron prostitutas.

Antes que valientes así, «sensibileros», porque de este modo nos sentimos más valerosos y más honrados.

Y bien desearíamos nosotros que estas madres ó otras que en su caso se hallasen se procurasen ahorro de dolor y de lágrimas.

Prontos estamos a decirles cómo. Vengan con sus hijos a nosotros y se lo diremos.

Entre nosotros, si algún día su hijo muere en lucha violenta, será no a nombre de inconfesables intereses, sino del grande y supremo interés de redimir a toda la Humanidad.

Y morir así no es halagüeño, como jamás lo fué la muerte; pero es morir para dar mejor vida a quienes nos sucedan.

Daniel ANGUIANO.

Triunfará la Idea

Ríase cuanto quiera la estulticia; lance sus dardos el cruel desprecio; arme el tirano su brutal sevicia; alece los hombros con desdén el necio; formen alianza el odio y la injusticia; hable la fuerza por infame precio... ¡Todo es en vano: la verdad avanza; el nuevo día asoma en lontananza!

Tendrá la Idea que pisar abrojos, tendrá murallas que batir en brecha, tendrán sus hijos que sufrir sorrojos, tendrán del odio que romper la flecha, tendrán futuros que escuchar sus ojos, ¡que aún del triunfo no llegó la fecha!; mas su victoria es fácil profecía, pues tras la noche viene siempre el día.

Recias espadas, vuestra prez termina; rancios blasones, vuestra edad concluye; sacras leyendas, vuestro sol declina; regias coronas, vuestro imperio os huye. Triunfa lo justo y lo inicuo fina; muere el error y la verdad afiuye, y vanamente agítase iracundo un mundo viejo contra un nuevo mundo.

¡Temblad, tiranos, que los tiempos nuevos en la cuadriga del progreso llegan a derrocar los dioses ya longevos cuyo poder las muchedumbres niegan! ¡Vienen dorados días. Son mancoes que con bravura juvenil despliegan los estandartes de la nueva edad: Justicia, Paz, Trabajo, Libertad.

¡Ciegos! Creisteis domeñar la Idea con el auxilio odioso del verdugo, y ya lo veis: en desigual pelea contra las leyes que dictar os plugo no ha stucumbido, y su insignia ondea, desafiando vuestro altivo yugo, llena de orgullo por marchar triunfante a sepultar un mundo agonizante.

Ya no cifréis risueñas ilusiones en veleidades locas del Destino, ni concibáis absurdas regresiones, que no desanda el tiempo su camino. Han de triunfar los nuevos campeones: el artesano, el sabio, el campesino, esa legión insigne que labora por una mañana que ya tiene aurora.

Espadas, leyes, nobles, majestades, ¡atrás!, que el mundo del Trabajo avanza. Bajad del trono, viejas potestades, cortesanías caducas de la Holganza. Subid a él, espléndidas edades que contemplo a través de mi esperanza. ¡Sueños de hoy! ¡Rosada fantasía! ¡Qué hermosa realidad seréis un día!

Oscar PEREZ SOLIS

La equidad futura

El destino que el régimen capitalista traza al proletariado es una ley inflexible de sacrificio y miseria. Código antiestético y brutal, que tiene sus únicos fundamentos en la explotación y la tiranía de los ricos sobre los pobres.

El Socialismo detesta la una y odia a la otra por inmorales y opuestas a la felicidad humana y a la armonía social. Por eso pretende iluminar con la razón las inteligencias oscuras y encender la rebeldía emancipadora en los fríos pechos de los explotados y oprimidos trabajadores.

Pocos son, relativamente, los que lo comprenden así, y le prestan su ayuda. Los más le desdennan, ignorantes, por sistema y obstinación. Si le entendieran, orgullosamente dirían que el Socialismo es la justicia suprema del porvenir, abrigando la esperanza de que él ha de triunfar por encima de todas las resistencias y obstáculos antepuestos a su paso, porque ante la fuerza natural no hay poder que en definitiva prevalezca y se consolide.

¡Hacia el Socialismo vamos desde hace muchos siglos, y a él habremos de llegar fatal é inevitablemente!

A. VAYAS

El Socialismo es la lucha en defensa y para la elevación del pueblo trabajador que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre é inteligente sociedad humana, basada sobre la propiedad colectiva de los medios de producción.

JUSTO

y cambio trae como resultado grandes crisis, crisis de las que deberá aprovecharse el proletariado: es claro que con su acción, porque sería inocente esperar que sin organización para la lucha, que sin dar la batalla decisiva, el poder político iba a ir a sus manos y con él el poder económico. Pero, ¿quiere decirse, por otra parte, ni se ha dicho en ninguna parte por Marx, que la revolución social ira precedida de una crisis industrial, ni que el proletariado no pueda conquistar el Poder político si una crisis no le favorece? Kautsky cree que no, y creo que está bien enterado. Yo, en lo que he leído de Marx, tampoco he encontrado eso. «La burguesía—dice el manifiesto comunista—no ha forjado tan sólo las armas que le darán muerte; ha producido también los hombres que manejarán estas armas: los proletarios...; la industria, al desarrollarse, no sólo aumenta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; los proletarios aumentan en fuerza y tienen la conciencia de su fuerza...»

Hay, pues, que tener presente, y esto es resultado del método dialéctico empleado por Marx, que dentro de la vida social el medio y el individuo reaccionan mutuamente y mutuamente se modifican. La historia es el campo donde el hombre y sus propios instrumentos de trabajo operan, para, a su vez, crear otros nuevos hombres y otros nuevos instrumentos. Nada es absoluto; nada es acabado. La sociedad y el individuo están en perpetua formación, en devenir constante; así, pues, no puede afirmarse de un modo categórico que es lo que decidirá la lucha, si el hombre ó lo propio de las circunstancias. Ambas cosas son precisas. Es lo que puede decir el Socialismo. A veces un empuje violento en ocasiones poco favorables valga más que la debilidad del impulso en los momentos más propicios.

Lo que sí sabe el Partido Socialista es que en cada hombre hay un cerebro que metódica, una voluntad que disciplina y una fuerza que dirige... y dirigir, metódica y disciplinar es lo que ha hecho y lo que hará hasta su triunfo. La Fiesta de hoy es la prueba de que el Socialismo tiene fe en los hombres, de que ha sabido disciplinarlos para la acción... Hoy, el 1 de mayo, se realiza el ideal más sublime del marxismo: unir á todos los proletarios de la tierra enfrente de sus verdaderos enemigos.

HERALDITO EL JOVEN

Fundamento histórico del Socialismo

El «Socialismo científico» apoya también su pretensión al «dominio colectivo», de los medios de producción, en la «evolución histórica de las diversas formas de propiedad».

El derecho de propiedad, mas que ningún otro derecho, es la consecuencia inmediata de la estructura económica de las sociedades. Producto social, apareció como derecho en determinado momento histórico y revistió diversas modalidades. Según las épocas y los países, se modifica y transforma.

Para determinar si la propiedad es ó no legítima, no debe recurrirse a la Metafísica. Esta cuestión es más bien un asunto histórico que un problema jurídico ó filosófico. Son los hechos los que nos revelarán cuándo y cómo apareció este «jus in re»; los que nos indicarán cuáles han sido sus variantes, y los que, en fin, nos servirán para inducir las razones de su existencia y saber si será estable su modalidad actual, ó si, por el contrario, adquirirá nuevas formas, impuestas por nuevas necesidades de los pueblos.

Es colocarse fuera de la experiencia histórica afirmar que este derecho está en la constitución misma de nuestro ser.

La propiedad debemos colocarla en idéntico lugar que los demás derechos y reconocer que las legislaciones, inspirándose en los hechos y las necesidades, pueden modificarla en tal ó cual sentido.

El «Socialismo científico» no repite el apóstrofo de Proudhon (1), como no proclama la nivelación de los individuos.

El «Socialismo científico» aduce el apoyo de su tesis que la propiedad ha sido común á todos los miembros de una comunidad social en determinado momento histórico; que la evolución económica crea en otro momento histórico la propiedad individual, que revistió diversas modalidades, y que, por último, el mismo desarrollo de los agentes de la producción creará nuevamente la propiedad social ó colectiva, á la cual precederán, seguramente, formas intermedias.

Alguien ha sostenido que esta marcha hacia la propiedad colectiva importaría una vuelta al comunismo primitivo, y ha afirmado por esto que la doctrina marxista es un ideal de retroceso que pretende barbarizar las sociedades de tipo moderno.

(1) «La propiedad es el robo.»

Podría objetarse primeramente á los que hablan de este modo que lo que se discute es si, en efecto, el regimen capitalista tiende, por las necesidades de la producción, a la propiedad colectiva.

Si esto sucede será por un determinismo histórico y no por lo que quieran ciertos nombres y á pesar de los esfuerzos contrarios de otros.

En tal caso, el colectivismo, que es una teoría fundada en los hechos, es independiente de la barbarización de las sociedades de tipo capitalista. Acúese de ello á la evolución económica que gobierna realmente á los pueblos, casi siempre en oposición á las ideas y á los sentimientos de los hombres.

Pero es que, en verdad, la tendencia á la apropiación colectiva no importa una vuelta al comunismo primitivo ni menos una regresión de la Humanidad á los primeros estadios de su civilización. En efecto, el colectivismo no proclama la absoluta comunidad de los bienes, sino que reivindica para la agrupación social toda propiedad de los agentes de la producción.

Enrique del VALLE IBERLUCEA

A Juan Trabaja

Hoy 1.º de mayo, huelgan tus camaradas para celebrar la más hermosa de las fiestas: la del Trabajo.

El ejército de los oprimidos, de los desheredados, de todos los que han hambre y sed de justicia, se moviliza á virtud de una tan humana como legítima aspiración: la de laborar hasta conseguir la transformación radical, absoluta, completa, del egoísta regimen social imperante.

Lo forman millones de hombres, mujeres y niños que trabajan y producen, y que, al igual que á tí te sucede, apenas les alcanza el escaso salario que perciben para atender, y no á todas, á las más perentorias necesidades de la vida.

Al presente exteriorizan su protesta realizando jiras al campo para espaciar el ánimo, celebrando mítines innumerables para fortalecer el espíritu, organizando imponentes manifestaciones para que la burguesía vaya enterándose en quién reside la fuerza y el poder. En el porvenir será otra cosa, ¡y tan otra!; porque bastará que seas consciente y que por un momento te sientas macho para adueñarte del gobierno del mundo.

Leopoldo GARRIDO

PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

Considerando:

Que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una, la burguesía, que, poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado, que no poseyendo mas que su fuerza vital, es la clase dominada;

Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale para dominar al proletariado;

Por otra parte: Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando ó destruyendo el estado social que los produce;

Que esto no puede conseguirse sino transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

Que la poderosa balanza con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que á la transformación de la propiedad se oponen ha de ser el Poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos.

El Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

1.º La posesión del Poder político por la clase trabajadora.

2.º La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social ó común.

Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital moneda, etc., etc.

3.º La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando á todos sus miembros el producto total de su trabajo y la enseñanza general científica y especial de

cada profesión á los individuos de uno ú otro sexo.

4.º La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad ó padecimiento.

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados ó inteligentes.

El Partido Socialista Obrero considera necesario para realizar su aspiración obtener las siguientes medidas políticas y económicas:

Políticas.

Derechos de Asociación, de Reunión, de Petición, de Manifestación y de Coalición.—Libertad de la Prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Supresión de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.—Abolición de la Deuda pública.—Supresión del presupuesto del clero y confiscación de sus bienes.

Económicas.

Jornada legal de ocho horas de trabajo para los adultos.—Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años y reducción de la jornada de trabajo á seis horas para los de catorce á dieciocho.—Salario mínimo legal, determinado cada año por una Comisión de Estadística obrera, con arreglo á los precios de los artículos de primera necesidad.—Salario igual para las obreras que para los obreros.—Descanso de un día por semana, ó prohibición legal á los industriales de hacer trabajar á los obreros más de seis días por cada siete.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Creación de Comisiones de vigilancia, elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Protección á las cajas de socorros y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza, gratuita y laica.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directa ó indirectamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Anulación de todos los contratos enajenando

la propiedad pública (ferrocarriles, minas, arsenales, etc.), y explotación de todos los talleres del Estado por las Sociedades obreras.—Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de los directos en un impuesto progresivo sobre las rentas ó beneficios mayores de 3.000 pesetas. Y todas cuantas medidas conduzcan al término de la esclavitud obrera.

Programa municipal.

Abolición de todos los impuestos que perjudiquen á la clase trabajadora.

Fijación de un salario mínimo para los empleados y obreros del Municipio que les permita satisfacer sus primeras necesidades. Este salario se determinará todos los años por el Ayuntamiento, de acuerdo con las Sociedades obreras de resistencia.

Jornada máxima de ocho horas para todos los trabajos y servicios del Municipio. (Antenas escolares donde se dé gratuitamente una comida sana á los hijos de los trabajadores en el tiempo que media entre la clase de la mañana y la de la tarde.

Dar todos los años á esos niños ropa y calzado, un traje y un par de botas ó zapatos á la entrada del invierno, y otro traje y otro par de botas á la entrada del verano.

Asistencia médica y servicio farmacéutico gratuitos.

Creación de casas de baños y lavaderos públicos gratuitos. Idem de Bolsas de trabajo ó edificios donde tengan domicilio gratis y local para celebrar reuniones las Sociedades obreras que se proponen mejorar la condición de sus individuos ó de su clase.

Abolición de las subvenciones de carácter religioso.

Retribución de las funciones municipales con arreglo al salario máximo que perciban los trabajadores, á fin de que los concejales obreros puedan desempeñar su cargo.

Exigir el exacto cumplimiento de las Ordenanzas municipales en todo cuanto favorezca á los trabajadores, y principalmente en lo que se refiere á la higiene de las habitaciones, análisis de los artículos alimenticios, derribo de las casas denunciadas y andamiaje de las obras.

IMPRENTA RENACIMIENTO

San Marcos, 42.—Teléfono 4-967.



Alegoría que publica el número extraordinario de Primero de Mayo «El Mundo Obrero», de Alicante.

Four small advertisements for 'LECTURAS PARA OBREROS' (Lectures for Workers) featuring illustrations of workers and text about political indifference, companionship, small truths, and the May 1st holiday.

Advertisement for 'Trabajadores Republicanos Socialistas' (Republican Socialist Workers) featuring a '1.º de mayo' (May 1st) cigarette pack advertisement with details on price and distribution.

Advertisement for 'COOPERATIVA OBRERA DE PRODUCCION «LA VICTORIA, CALELLA (BARCELONA)»' (Workers' Cooperative of Production 'The Victory, Calella (Barcelona)') and 'Enfermedades del pecho' (Chest Diseases) with 'TIFUS' (Typhus) advertisement.

BIBLIOTECA SOCIALISTA

LIBROS Y FOLLETOS

- A list of books and pamphlets for sale, including titles like 'Ganarás el pan...', 'La máquina contra el obrero', 'El materialismo económico', 'La revolución rusa', 'El estudio acerca del Socialismo científico', 'Mitos de controversia en Santander', 'Democracia socialista y Anarquismo', 'La Cooperación', 'Celebración de actos civiles', 'Breves estudios biográficos', 'Pablo Iglesias en el Partido Socialista', 'Manual de prácticas societarias', 'El medio social y la perfectibilidad de la salud', 'Colección de los 10 cuentos (encuadernados)', 'Crítica del nacionalismo vasco', 'Marsellesa de la paz', 'Canto del Primero de Mayo', 'Armengol y Sebastián', 'Los rebeldes', 'Hogar', 'Los rebeldes', 'Amor familiar', 'Historia del Socialismo español', 'Revolución y contrarrevolución', 'Alma rebelde', 'Verdad en la familia', 'Miseria de la Filosofía', 'Lo humano (novela)', 'Lucha', 'La leona', 'Los predilectos', 'El día de mañana', 'Teatro de Vida y Esperanza', 'El proceso Ferrer', 'Simarro', 'El proceso Ferrer y la opinión europea', 'Album revolucionario'.

Pedidos á la Administración de EL SOCIALISTA